

tienes la audacia de comparecer á mi presencia! ; Sal de aquí, y anda al fuego que has merecido!»

El jóven imploró la misericordia de María, y volviéndose hácia algunas personas que en aquel palacio se encontraban, las rogó que le recomendasen también ellas á María. Estas lo hicieron.

— « Pero ¿ no sabeis, les contestó la Madre de Dios, que ha llevado una vida licenciosa, y que ni siquiera se ha dignado decirme un *Ave Maria*?

— « Reina del cielo, repusieron sus intercesores, cambiará de vida.

— « Sí, lo prometo, afirmó el jóven, mi conversión será sincera, y seré fiel servidor vuestro.

« María, mitigando su primitivo enojo, respondió: « Pues bien, acepto tu promesa; séme fiel, y mi protección va á librarte de la muerte y del infierno.» Y la visión desapareció enseguida.

« Esquilo, volviendo en sí, dió gracias á María, y refirió á sus compañeros el favor que acababa de recibir. A una santa conducta añadió una viva devoción á Nuestra Señora; llegó á ser arzobispo de Luda, en Dinamarca, donde convirtió á muchos infieles; pero, llegado al fin de su carrera, su avanzada edad le hizo renunciar al arzobispado, y se hizo monje en el monasterio de Clairvaux, donde vivió todavía cuatro años y murió en olor de santidad (1).»

PERORACIÓN. — Ved ahí, cristianos, lo que vale la bendición de la Reina toda misericordiosa y todo poderosa; esta bendición nos preserva ó nos libra de la muerte del pecado y de la mazmorra del infierno. ¿ No hay en esto, decid, una inefable dicha?.. Para llegar á ella, seamos fieles á la criatura bendecida sobre todas las demás; bendigámosla cada día en este valle de lágrimas, y la bendiciremos por toda la eternidad en el reino de las delicias. Así sea.

(1) Anales Cister., año 1151, cap. v.

## INSTRUCCION VIGESIMOCUARTA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION OCTAVA.

##### BENDICIÓN DE JESÚS.

TEXTO. — *Benedictus fructus ventris tui...* Bendito es el fruto de tus entrañas.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 42.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, ved ahí el hermoso rasgo que leemos en la vida de la beata Benvenuta, dominica. Contaba siete años de edad, cuando se encontró, en una iglesia, con un precioso niño. Con su más dulce voz le dirigió esta pregunta: «Niño, ¿sabes el *Ave Maria*? — Sí, que la sé, respondió el niño; ¿y tú, la sabes? — Esta oración, replicó ella, forma mis mayores delicias. — Pues bien, repuso el angelito, rézala.» Hízolo la niña sin demora, y cuando llegó á estas palabras: *bendito es Jesús, el fruto de tus entrañas...* detúvola el niño, y con divina sonrisa, la dijo: «Este Jesús, fruto de las entrañas de María, soy yo.» Y desapareció.

Un Dios, que, bajo la forma de un niño, se digna aparecer y sonreír á una pequeñuela de siete años, porque tiene la costumbre de rezar piadosamente el *Ave Maria*, ¿no os parece que quiere enseñarnos que esta oración, dicha con fervor, le proporciona un goce inefable, y no puede disponerle mejor en favor nuestro? Así debe ser cuando san Alfonso no vaciló en declarar que «una sola *Ave Maria* vale más que el mundo entero.»

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Hermanos míos muy amados, si buscamos las bendiciones de Jesús, encontraremos que es bendecido porque es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

INVOCACIÓN. — Divina María, antes de empezar os dirijo la oración de vuestro gran servidor Efrén : « ; Oh llena de gracia ! iluminad mi inteligencia y desatad mi lengua, para celebrar vuestras alabanzas, y sobre todo para repetir la salutación angélica, este canto tan digno de vos ; Yo os saludo, oh pan, oh gozo, oh consuelo del universo ! Yo os saludo, vos que sois la más sorprendente maravilla que jamás haya visto el mundo. Yo os saludo, paraíso de delicias, puerto seguro de todo el que está en peligro, fuente de gracias, mediadora de Dios y de los hombres. » — *Ave María.*

*Primera parte.* — Carísimos hermanos míos, si, como os he probado en mi instrucción anterior, á la Reina de las virgenes le correspondieron por sí sola más bendiciones que á todos los ángeles y á todos los escogidos, ¿ cuántas no debe poseer Aquel que se dignó tomar en ella un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros ? Nosotros somos incapaces de sondear el océano de las bendiciones de una criatura, tan perfecta y tan gloriosa, es verdad, que el Omnipotente mismo no habría podido perfeccionarla ni glorificarla más. ¿ Y pretenderíamos lograrlo cuando se trata del Criador del cielo y de la tierra ? Tan difíciles, cristianos, como medir un mar sin orillas y sin fondo. Cual en un mar semejante hay una infinidad de gotas de agua, asimismo hay una infinidad de bendiciones en el fruto del castísimo seno de la Virgen. Es á más de esto, infinitamente más bendito que ella, hermanos míos, porque él es la fuente de todas las bendiciones imaginables, tanto de las que posee su Madre, como de las contenidas en todas las criaturas, sean angélicas ó sean humanas. *Benedictus fructus ventris tui.* ; Cuán justo es pues esclamar : Bendito es el fruto de tus entrañas ! ¿ Y por qué principiamente ? Porque es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Antes de desarrollar algo estos dos pensamientos, hermanos míos muy amados, bueno es que llame vuestra atención sobre una cosa. En el instante en que María acaba de honrar á Isabel con su visita, ésta recibe una inspiración del cielo, y á su vez pronuncia, para mayor gloria de su prima, las palabras que la había dirigido el Arcángel, pocos días antes : « Bendita tú eres entre todas las mujeres, *benedicta tu in mulieribus.* » Pero la venerable parienta de la Virgen más pura añade

estas otras palabras : *benedictus fructus ventris tui*, bendito es el fruto de tu vientre. » En cuanto al nombre de Jesús, la Iglesia, inspirada de lo alto, no podía hacer cosa mejor que intercalarlo en el *Ave María*, Además, el Arcángel Gabriel había revelado formalmente este nombre augusto, é indicado el papel de Aquel que lo llevaría, como lo atestiguan las palabras siguientes : « Le darás el nombre de Jesús... *vocabis nomen ejus Jesum.* ; se llamará Hijo de Dios, *vocabitur Filius Dei.* ; él será quien salvará á su pueblo de sus pecados, *ipse salvum faciet populum suum á peccatis eorum*(1). »

Como os lo he hecho observar hace un instante, hermanos míos, el fruto de aquel seno virginal es pues bendito porque tiene á Dios por Padre. Éste es, hermanos míos muy amados, el punto capital del cristianismo, y respecto á este punto no teneis sombra de duda ; prescindiré por lo tanto de detallaros las pruebas que hay en apoyo de este artículo de nuestras creencias ; sería hacer una ofensa á vuestra fé y á vuestra piedad el tener que probaros, en todos sentidos, este dogma fundamental de nuestra suave y maravillosa religión.

Profetas, apóstoles, doctores, concilios, proclaman la divinidad del Mesías. Sus enseñanzas están reasumidas en el símbolo de san Atanasio donde leemos lo que sigue : « La divinidad del Padre y del Hijo es una misma ; su gloria es igual ; su majestad, coeterna. El Hijo es como el Padre, es Dios y Señor omnipotente como él. » Es el Verbo por quien todas las cosas fueron creadas, dice el Evangelista ; data de la eternidad, y se hizo carne en el tiempo. Y este Dios hecho hombre no es otro que el fruto de las entrañas de la Virgen Inmaculada. « Jesucristo, dice el Apóstol, es el Dios bendecido sobre todas las cosas y ante todos los siglos... En él están encerrados todos los tesoros (2) » de bendición. Y esto ha de ser, porque el bien soberano, la bendición misma, es el Señor ; y su Hijo, es Jesús ; por consiguiente preciso es que sea bendecido, primero en su calidad de Hijo de Dios, y luego como Salvador del mundo.

*Segunda parte.* — Este es, por lo demás, el significado de su nombre, tan admirable en todo el universo, dice el Salmista. No hay bajo el

(1) San Lucas, I. 31 y 35 ; S. Mateo, 1, 21.

(2) Rom., IX, 10 ; Colos., II, 1.

Cielo otro que salvar pueda á los hombres, declara el príncipe de los apóstoles. Este nombre produce el bálsamo de la misericordia, destila el rocío de la gracia, exhala el perfume de la piedad. Es una fuente de consuelo para los afligidos, un áncora de esperanza para los pecadores, un puerto de salvación para los justos, un río de delicias para los santos, un aumento de felicidad para los ángeles. Es infinitamente temible para los espíritus de las tinieblas, contra quienes tenemos que luchar sin tregua ni descanso, y merece hasta tal punto la adoración que, cuando se pronuncia, « toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en el infierno (1). »

« En el nombre de Jesús, declara san Ambrosio, lo tenemos todo (2). »

« ¿Estais tristes? pregunta el santo abad de Clairvaux; poned á Jesús en vuestro corazón, suba desde allí á vuestros lábios y, ante este nombre, se disipará la tormenta y se volverá á serenar. Si alguno ha cometido una falta, y corre á la muerte, arrastrado por la desesperación, invoque este nombre vivificador y volverá á la vida... En medio de los terrores del peligro, ¿quién ha implorado este nombre, sin que haya visto renacer en él la esperanza y el valor (3)? »

¡ Ah, cuántos recuerdos evoca, hermanos míos muy amados, este suave nombre en nuestra memoria! Preguntemos á Jesús, en lo recóndito de nuestra alma, y Jesús no dejará de contestarnos.

— ¿Paraqué, Señor, descender á este valle de lágrimas, nacer en el establo de Belén y tiritar de frío entre la paja del pesebre? — « Para salvaros. »

— ¿Paraqué, Señor, desterraros á Egipto, volver á Nazareth, encerraros en un taller y ganar vuestro pan con el sudor de vuestra frente? — « Para salvaros. »

— ¿Paraqué, Señor, sembrar la semilla del Evangelio en los campos del mundo, soportar todo género de injurias y derramar hasta la última gota de vuestra sangre? — « Para salvaros. »

(1) Filip., II, 10.

(2) Libro III, de Virg.

(3) De nom. Jesus.

Si el pobre le dice al rico que le da algunas monedas de oro: « ¡Bendito seais, me habeis sacado de la miseria! »

Si el enfermo dice al médico que le devuelve la salud: « Bendito seais, me habeis curado; »

Si el pasajero dice al marino que le ha librado del naufragio: « Bendito seais, sin vos ya dejaba de existir; »

Si el prisionero le dice al visitante que ha venido á pagar su rescate: « Bendito seais, me habeis quitado la tristeza y me habeis devuelto la alegría; »

Si el que se halló en medio de un incendio le dice al valiente que le fué á buscar en medio de las llamas: « Bendito seais, me habeis preservado de una desgracia inmensa; »

Con cuanta mayor razón, hermanos míos, no debemos decir: ¡ Oh Jesús! vos nos proporcionais los bienes del cielo, bendito seais. Vos nos quitais la enfermedad del pecado, y nos restituís la virtud de la gracia, bendito seais. Vos nos sustraeis á las llamas del incendio eterno, bendito seais.

Hermanos míos, ante el recuerdo de tantos beneficios, no deberíamos cansarnos de repetir: ¡ Oh misericordioso Salvador! Vos y vuestra Madre, sed mil y mil veces bendecidos, ahora y siempre y en los siglos de los siglos!

Los cristianos que no cumplen jamás este deber de gratitud, son razones de bronce ó una especie de tigres. No hacen para un Dios lo que se hace á veces para un irracional. Oid lo que voy á referiros.

« No hace muchos años que en Versalles un carro pesadamente cargado y tirado por cuatro vigorosos mulos, iba por la carretera de París. El carretero caminaba tranquilamente al lado del tiro, cuando de pronto dió un paso en falso y cayó debajo de la rueda que inevitablemente le iba á aplastar... Soltó un « ¡ ho! » fuerte y desesperado, y el mulo de varas, al oír este grito, no solamente se detuvo, sinó que hizo un movimiento de retroceso tan violento, que hizo retroceder hasta á los tres mulos delanteros. Salvado por el instinto de su mulo, el carretero, una vez en pié, se arrojó á la cabeza del animal y se puso á abra-

zarle y besarle, dándole gracias en alta voz y con lágrimas en los ojos por haberle salvado la vida (1). »

¡ Y hay hombres que no dan gracias á Dios por haberles librado de la muerte eterna ! ; Oh, qué barbárie !

Sin embargo, piadosos cristianos, la mejor manera de alabar á la Virgen  *bendita entre todas las mujeres y al fruto bendito de sus entrañas*, es conformarnos todo lo posible con estos divinos modelos; y para, salir bien de esta empresa, la más saludable y la más gloriosa de todas es observar con valor y perseverancia este pequeño reglamento trazado por san Alfonso :

« Asistir cada día, si es posible, á la santa Misa.

« Decir antes de empezar nuestro trabajo : « Dios mio, os ofrezco mis fatigas y mis penas para la expiación de mis faltas, para la conversión de los pecadores y para el alivio de las almas del Purgatorio ».

« En la cólera ó en el infortunio, no proferir blasfemias ni imprecaciones, sinó decir : « ; Dios mio, dadme paciencia y resignación ! »

« Antes y después de comer, no olvidarse de dar gracias á Dios.

« Evitar cuidadosamente el pecado mortal, y todo lo que para vosotros fuese ocasión de cometerlo.

« Ser fieles á los deberes de vuestro estado.

« Por la noche rezar en familia, si es posible ; consagrar algunos instantes á examinar vuestra conciencia; y rezar, como por la mañana, tres *Ave María*, en honor de la Virgen Inmaculada. Después id á descansar y decid : « He de morir, mas no sé cuándo ; he de morir, mas no sé dónde ; he de morir, mas no sé cómo : lo que no ignoro es que si muero en pecado mortal, seré arrojado al infierno. » Si en aquel momento os sentís gravemente culpables, procurad hacer un acto de contrición y tomad la resolución de confesaros lo más pronto posible.

« El domingo y en las fiestas de guardar, no falteis á la santa Misa ; absteneos de toda obra servil, y asistid á las vísperas y á la oración de la noche.

(1) *Le Monde*, viernes 10 de Octubre de 1789, pág. IV, en lo alto de la columna 6 : *Un cheval intelligent*.

« Observad fielmente la abstinencia en los días prescritos por la Iglesia.

« Esforzáos en comulgar en las principales solemnidades, y cuando menos no descuideis el cumplimiento del deber pascual.

« Haced estas cosas y será buena vuestra vida, santa vuestra muerte, dichosa vuestra eternidad, » porque Jesús os dirá : No habeis dejado de bendecir á la divina Madre y al fruto de sus entrañas : me complazco en reconoceros como á bendecidos por el Padre celesti ! : venid pues á tomar posesión del reino que os tengo preparado desde el principio del mundo. Así sea.

## INSTRUCCION VIGESIMOQUINTA.

### EL AVE MARIA.

#### INSTRUCCION NOVENA.

NECESIDAD DE IMPLORAR, DURANTE LA VIDA, PERO SOBRE TODO A LA HORA DE LA MUERTE, A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA, POR SU PODER Y POR NUESTRA MISERIA.

TEXTO. — *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis, nunc et in hora mortis nostræ. Amen...* Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

(ESTAS PALABRAS SON DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA).

EXORDIO. — Carísimos hermanos, « una niña irlandesa, á quien se hacía ir por fuerza á una escuela protestante, lloraba oyendo con frecuencia decir blasfemias contra la Santísima Virgen. Un día, en presencia de un lord protestante, se le hizo esta objeción : — « Tú que pretendes que María, madre de Jesús, es Reina del cielo, ¿cómo lo sabes? ¿Dónde lo has visto? » Aquella niña tenía una fé viva en que